8b
NA
5811
.S35
P6
1896

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/monasteriodesant00pons

MONASTERIO DE SANTAS CREUS

ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA

MONASTERIO DE SANTAS CREUS

(TARRAGONA)

MEMORIA DESCRIPTIVA

POR

D. JUAN BTA. PONS GRAVAL

LEIDA

EN LA EXCURSIÓN VERIFICADA Á DICHO MONASTERIO
POR LA ASOCIACIÓN
EN 29 DE MAYO DE 1892

BARCELONA
TIPOGRAFÍA DE BALMAS, CASAMAJÓ Y COMP.ª
Calle del Correo Viejo, núm. 5
1896

MONASTERIO DE SANTAS CREUS

ACTA DE LA EXCURSIÓN

El día veinte y nueve de Mayo de mil ochocientos noventa y dos, reunidos en la estación del Ferrocarril de Francia, los Sres. Asociados, Villar y Lozano, Falqués, Font (D. Augusto) Miquelerena, Gustá, Font y Gumá, Borí, Guitart (don Benito), Madorell y Rius, Audet, Puig y Cadafalch, Cabañes, Pons y Traval y el Sr. Presidente Fossas y Pí, emprendieron el viaje en el tren que sale para Valls á las cinco y media de la mañana. En la estación de Roda se les unió el asociado corresponsal, residente en Tortosa, Sr. Abril, y en Valls, donde llegaron á las nueve de la mañana, el residente señor Vila y Palmés. Escusaron su asistencia al acto, por medio de carta los Sres. Mestres, Pollés y Vivó, Mariné, Buigas y Monravá, García Faria, Guitart y Lostaló y Bis.

El trayecto entre Valls y el Monasterio de Santas Creus se recorrió en carruaje, y al llegar á Vilarrodona salieron á esperar á los expedicionarios los compañeros Sres. Rius, Fossas (D. Julio) y Riudor, emprendiendo juntos el viaje ha-

cia Santas Creus. A las once llegaron á dicho Monasterio, donde encontraron al Tesorero de la Asociación, Sr. Casademunt, llegado el día anterior, para disponer los preparativos de la Excursión y seguidamente se dirigieron los excursionistas á oir la Misa, que, en obsequio suyo celebró el Sr. Cura Párroco, retardando la hora de costumbre en los demás días festivos.

Después de dar gracias á dicho Sr. Párroco por su atención, empezó la visita al Monasterio, deteniéndose en primer lugar en la Iglesia y especialmente frente los sepulcros de los Reyes de Aragón y el de Roger de Lauria. Pasando al Cementerio, admiraron el magnífico panorama que se descubre y después á los claustros antiguo y moderno, á la Glorieta y finalmente á la Sala Capitular, donde el Ponente de la Excursión, Sr. Pons y Traval, dió lectura al importante trabajo que sobre del monumento había escrito, en cumplimiento del encargo de la Asociación, y que no pudo leerse íntegro por la grande extensión que abarca. Al terminar su lectura, el Sr. Pons fué saludado con los aplausos y las felicitaciones de sus compañeros. Para la mejor comprensión de su trabajo, el Sr. Pons expuso á la vista de sus compañeros las plantas y secciones del Claustro y la Iglesia con detalles y además magníficas fotografías de diferentes fragmentos.

Terminado el objetivo principal de la Excursión se reunieron los Sres. Asociados en amistoso banquete, en el antiguo Refectorio, cedido galantemente por la Comisión de Monumentos de la provincia de Tarragona. Al servirse el Champagne hicieron uso de la palabra los Sres. Fossas Pí, Pons, Puig y Cadafalch, Abril, Rius, Madorell, Fossas (don Julio), Villar y Lozano, Font (D. Augusto) Font y Gumá y Falqués, haciendo calurosas protestas de amor y veneración á los monumentos catalanes, hijos de épocas de explendor para el arte arquitectónico.

Después continuaron la visita á otras dependencias del Monasterio, dándoles explicaciones el Sr. Pons, y á las cua-

tro y cuarto emprendieron el viaje de regreso, dando por terminada una excursión que resultó muy agradable, gracias al celo de las personas que habían dispuesto los preparativos de la misma, y principalmente gracias al modo como el Sr. Pons desempeñó su honroso cometido.

El Presidente,
MODESTO FOSSAS PÍ.

El Secretario Accidental,
MIGUEL MADORELL Y RIUS.

acogida que tuvo mi proposición, tanta mayor es hoy mi pesadumbre al encontrarme víctima espiatoria de mi propia iniciativa. A buen seguro que os habríais evitado el disgusto de oirme tan pronto, si hubiesen turnado rigurosamente todos mis antecesores de promoción; y por ello, permitidme que me lamente como lo hizo muy oportunamente nuestro digno compañero D. Joaquín Basegoda en su descripción de la Catedral de Gerona, por habernos visto privados de oir á otros distinguidos compañeros que sin duda alguna habrían llenado su cometido mucho mejor que el que en este momento tiene la honra de dirigiros la palabra.

Poco conocedor de los monumentos que atesora nuestra región catalana, á la vez que, desposeído de la aptitud que exige una descripción arquitectónica, he vacilado desde la aceptación del cargo de ponente hasta hace pocas semanas, en escoger la obra que os pudiera presentar, con los escasos elementos de que dispongo. No obstante, animado de los mejores deseos, aunque como he dicho, falto de fuerzas, héme aquí lanzado al palenque, confiando sino salir airoso y vencedor, alcanzar por lo menos vuestra cariñosa y benévola acogida.

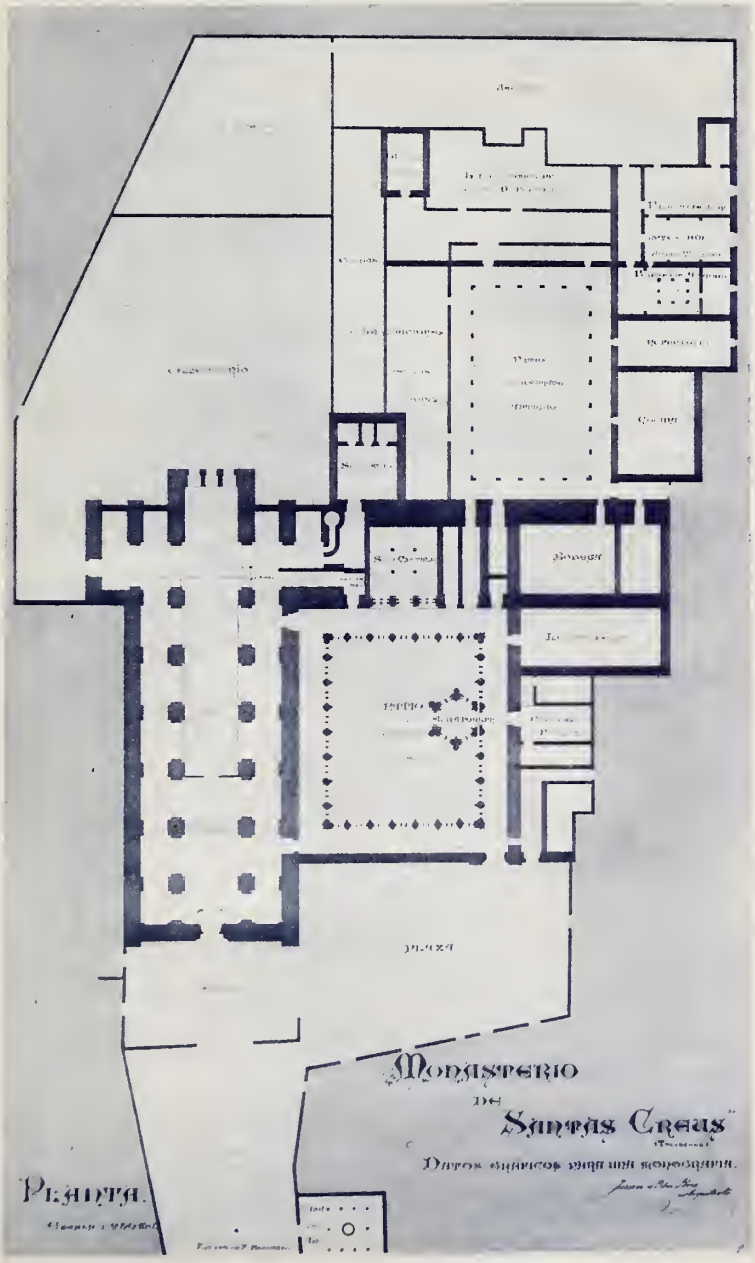
La asociación de Arquitectos de Cataluña lleva realizado un número de excursiones casi suficiente para describir los más importantes, ya que no todos, los monumentos arquitectónicos de nuestra comarca, y por lo mismo, quedan pocos de ellos que reunan á la vez el atractivo y la comodidad de ser visitados. Estas circunstancias han pesado considerablemente en mi ánimo y me han hecho dudar en la elección del objetivo. A pesar de ello héme visto obligado á convocaros para un lugar, que aún cuando es respetable y digno de admiración, su emplazamiento resulta algo apartado de nuestra condal ciudad. Realizada la excursión y descripción del Monasterio de «Poblet» de la que fué ponente nuestro digno compañero D. Magín Rius, he creído justo efectuar la de su importante émulo, el de «Santas Creus», otra también de las más bellas páginas de nuestra historia artístico-monumental.

Este es el tema escogido para mi tarea, la cual procuraré desarrollar de la mejor y más breve manera, á fin de que no os resulte enojosa tanto la descripción escrita, como la presentación de la parte gráfica.

Después de cuanto acabo de indicaros, creo inútil preguntar á qué hemos venido, ya que se halla fuera de duda que el Arquitecto siente una natural y lógica satisfacción al presentársele á su vista una obra de nuestros antepasados digna por todos conceptos de respeto y admiración. Estas circunstancias se hacen más relevantes si el monumento, además del atractivo de su importancia artística, reune el de hacer remontar nuestro espíritu á épocas anteriores, evocando y representando en la imaginación del visitante hechos y perso-

najes notables, de los que se muestra orgullosa la patria catalana.

Por concurrir aquí este doble atractivo, es porque he creído conveniente el estudio arquitectónico de este Monasterio, ya que la historia del mismo se halla tan identificada en su construcción. Si grande ha sido desde el primer momento mi entusiasmo por la obra que tenéis á la vista, tanto mayor ha sido el desaliento que he sentido al pretender describirlo, ya que la mano se para, la imaginación se ofusca y no se acierta ante tanta grandiosidad á trasladar al papel las impresiones con la galanura que os merecéis; á pesar de todo, preciso es empezar y voy á ello, ya que engolfándome en digresiones nada conseguiría sino abusar una vez más de vuestro compañerismo y benevolencia.


Monasterio
de
Santas Creus
Planta.

ORDEN DEL CISTER

Llamóse así la Congregación religiosa reformada por San Bernardo, la cual debió su nombre al de la ciudad de Francia situada en departamento de la Cote d'or. La célebre orden Cisterciense fué fundada según unos por San Roberto Abad de Molesmes, quién en 1098 abandonó su convento y se trasladó al bosque de Cister que era entonces un lugar completamente desierto. Este bosque y los terrenos próximos le fueron concedidos por Reynard, vizconde de Beaune, y habiendo protegido su establecimiento el duque de Borgoña y el Obispo de Chalons, no tardó en hacerse célebre el Monasterio que los anales de la orden conocieron con el nombre de Monasterio de madera. Roberto dió á sus religiosos la reglamentación de la orden benedictina y en breve su fama de fervor y austeridad les atrajo multitud de novicios.

En tiempo de San Alberico, su segundo Abad, principiaron á tener estatutos particulares y en el de San Estéban, que fué el tercero en aquella dignidad, como resultase ya excesivamente numerosa la abadía, se formaron otras con una gran parte de los religiosos de aquélla, originándose así en menos de tres años la creación de las abadías de La Ferté, de Pontigni, de Clairvaux y de Morimond, á las cuales dióse el nombre de «Las cuatro hijas del Cister». Estas á su vez produgeron gran número de comunidades, por lo cual conservaron el rango y prerogativas de casas superiores de la orden, aunque siempre bajo la dirección de la abadía del Cister. Tanta fué la importancia de esas abadías, que solo la de Morimond poseyó hasta 700 beneficios, llegando á tener bajo su dependencia las órdenes militares españolas de Calatrava, Alcántara y Montesa; y las de Cristo y Avis de Portugal.

La más ilustre de todas las comunidades de la orden fué sin disputa la abadía de Clairvaux fundada en 1115 por San Bernardo, siendo tan considerable el número de monjes de la misma, que formaron luego la mayor parte de los establecimientos Cistercienses conservando el nombre de Bernardos que tomaron en un principio.

En España comenzó á propagarse la orden religiosa del Cister durante el siglo XII, á prineipios del eual se fundaron la mayor parte de los monasterios en León y Castilla bajo los auspieios de D. Alfonso II el Emperador.

A fines del mismo siglo XII eomenzó á introdueirse la relajación en la orden del Cister, que ya poscía por aquel tiempo inmensas riquezas, por lo eual, Juan de Barriere, abad de Ntra. Sra. de los Fuldenses, cerca de Tolosa, logró llevar á eabo una reforma después de grandes esfuerzos, dando por resultado en 1557 la creación en Italia dc la Congregación llamada de «Bernardos reformados». La más importante reforma de los Cistersienses, fué la realizada por Juan el Copero de Rancé, abad de la trapa en 1664.

De la clasc del Cister llegaron á dependcr mil ochoeientos monasterios de hombres, y easi otros tantos de mujeres. Se ha llamado Mausoleo de los Duques de Borgoña á la Abadía del Cister por haber sido enterrados en la misma todos los duques de la primera raza, escepeión heeha de Roberto I y Hugo I que vivieron antes de la fundaeión de aquclla Abadía. del Cister salicron, además dc San Bernardo, cuatro Papas y gran número de Cardenales.

Otra versión (1) señala la fundaeión de la Abadía del Cister ó de Citcaux por la salida dc San Roberto, San Alberico y San Esteban de su monasterio de Molcsmes, presentándose eomo indivíduos dc dicha comunidad al Arzobispo Hugues, delegado de la Santa Sede en Lyon, euyos religiosos en eompañía de otros euatro, expusieron al citado Arzobispo su fervicnte propósito de fundar un Monasterio en cl eual la regla dc San Benito fuese seguida con el mayor rigorismo. El dclegado alabó su gran eelo pero les encargó que no llevasen adelante tal empeño, sino en compañía dc mayor número de rcligiosos, resultando que muy pronto catorce hermanos de la Orden sc asociaron á la empresa, yéndose á cstablecer en el Bosque dcl Cister situado en la diócesis de Chalons, cuya extcnsa porción dc terreno lcs fué, como hemos dicho, ecdida por el vizconde de Beauné.

No obstante las malas condieiones del suelo que era en cxtremo pantanoso, levantaron aquellos vcintiun religiosos el oratorio en menos dc un año, cuya depcndencia, si bien no resultó ser más que una modesta capilla, fué muy superior á lo que podíase esperar de los esfuerzos humanos cn quienes como aquellos religiosos vivían de su trabajo sin faltar al rigorismo de la orden Benedictina. He aquí porque Saint Pierre de Cluny, haciendo rcflexión sobre la existcncia de tan austeros religiosos, no se expliea eómo pudiera ser que unos eenobitas agobiados por la fatiga y el trabajo, que no se

---

(1) *Violet le Duc.*—Tomo I, página 263.

alimentaban más que de yerbas y legumbres, que no repara-ban sus fuerzas físicas y que apenas podían conservar su vida, emprendiesen trabajos tales que las gentes más robustas del campo habrían encontrado sobradamente duras y difíciles de resistir.

La residencia del Duque de Borgoña próxima al Monasterio en cuyos alrededores edificó un castillo y su predilección en favorecer con sus donativos á los humildes religiosos, dió lugar á que su hijo Enrique, ingresase como monje profeso en la expresada comunidad.

La verdadera importancia de la Abadía de Cister empieza en la época en que San Bernardo y sus compañeros fueron allí á engrosar el número de religiosos; tanto fué así, que del bosque y terrenos pantanosos en que los veintiun religiosos de Molesmes habían levantado algunas modestas cabañas de madera y cultivado cortas extensiones de tierra viéronse salir en menos de veinticinco años más de sesenta mil monjes Cistersienses que se dispersaron desde el Tiber al Volga y desde el Manzanares al mar Báltico. Estos fervientes religiosos llamados de todas partes por los señores feudales así para cultivar sus tierras abandonadas, como para establecer molinos, casas de labranza, apacentar sus ganados y sanear los pantanos, prestaron al Papado el más potente concurso, pues su unión se realizó gracias á la edificante palabra de su célebre Jefe San Bernardo. Igual concurso prestaron al trono y al pueblo con la rehabilitación de la agricultura, dando el ejemplo noble de ver bajo el mismo hábito conduciendo el arado al mísero colono y al poderoso Señor.

Bien es verdad que la orden del Cister privó á la guerra de miles y miles de brazos para llenar sus ocho ó diez mil monasterios, pero también es cierto que su poderoso empuje no decreció, toda vez que mientras su inmortal representante predicaba la segunda cruzada, la orden Cisterciense contrarestaba la invasión mauritana que desde España amenazaba la Europa entera, originándose así la creación de las órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Montesa.

Pidieron á San Bernarno su reglamentación los Templarios, la orden del Cister socorrió á los pobres no solo en limosnas, si que también con esfuerzos propios; dádivas que salidas de monasterios de tan simple y austero aspecto y repartidas por monjes dedicados además á las faenas más rudas, tenían el doble valor de representar no el abandono de lo supérfluo, sino el reparto de lo necesario.

No fueron los Monasterios Cistercienses levantados en sitios elevados, antes al contrario en valles pantanosos, y á lo largo de las corrientes, y todo ello fué con el deliberado propósito de que el trabajo fertilizase el suelo y que se convirtiesen los charcos improductivos en hermosas praderas bañadas por corrientes de agua limpia y cristalina, teniendo así

una fuerza motriz para sus molinos, tejerías, sierras, fraguas etc., etc.

Citeaux, la Ferté, Clairvaux, Morimond, Pontigny, Fontenay y la abadía de Val fueron construidas todas ellas en las hondonadas de los valles; tanto es así que hoy alrededor de estos arruinados edificios se encuentra bien impresa todavía la huella de los importantes trabajos realizados por los monjes, ya para contener las aguas en vastos estanques, como para dirigirlas á canalizaciones para el riego ó conducirlas á las presas de los molinos.

La abadía de Clairvaux fundada por San Bernardo y cuya planta se conserva en la biblioteca de la villa de Troyes, da una perfecta idea de cuanto dejamos indicado, retratándose fielmente en su disposición, los propósitos y regla de la orden Cisterciense. Obsérvase en dicha «abadía modelo» una marcada división en dos distintas secciones; la más importante, que corresponde al Este, contiene los edificios destinados á los religiosos profesos ó «monjes de clausura», y á la del Oeste separada de la anterior por un recinto murado, corresponden las dependencias y habitaciones de los religiosos llamados «conversos». Estos hermanos se diferenciaban de los profesos por ser sus votos simples y no solemnes. Constituían una servidumbre que los religiosos Cistercienses podían tener á sus órdenes con permiso del Obispo diocesano, tanto fué así, que en la época en que los monasterios Cistercienses contenían la mayor parte de sus religiosos pertenecientes á la alta nobleza, los conversos pertenecían á la clase trabajadora del campo y de oficio de talleres, usando un hábito regular y comiendo en la mesa común del refectorio. Se comprende que en aquellos tiempos en que la condición del pueblo era ciertamente mísera, no faltarían seguramente esta categoría de religiosos, ya que entrando en el claustro encontraban con toda seguridad una gran libertad relativa y asegurada su subsistencia. Las habitaciones de los conversos estaban por lo dicho, emplazadas junto á la Abadía ó recinto de clausura.

La citada planta del Monasterio de Clairvaux, si bien las exigencias académicas de hoy día no se verían en ella del todo satisfechas, manifiesta gran acierto en su disposición; así se observa que las necesidades materiales de la vida, casas de labranza, bodegas, molinos y grandes cocinas se encuentran próximas al claustro, pero exteriores á la clausura con el objeto bien entendido de que la misma proximidad de dichos servicios no fuese motivo de distracción para los religiosos profesos en el cumplimiento de las reglas de la orden.

Encuéntrase al Sud de la Iglesia, el claustro rodeado de todas las dependencias de fácil acceso, tomando para sí cada una de ellas el espacio de terreno necesario. A poca distancia un claustro más reducido parece destinado á la concentración de ánimo y á los trabajos intelectuales; en una palabra,

se observa en la abadía de Clairvaux el emplazamiento de las herrerías, espaciosos graneros, cuadras, habitaciones de operarios, etc., etc., dentro de un primer recinto alrededor

de la clausura religiosa, ya que no simétricamente, en perfecta relación con la disposición del terreno así como de la orientación necesaria y de la dirección de las corrientes de agua.

Un tercer recinto contiene los jardines, viveros, presas de

agua, etc., etc., de manera que todo el Monasterio se encuentra cerrado por sus murallas y riachuelos, pudiendo hallarse de este modo la abadía al abrigo de un ataque en caso necesario.

De todos los edificios tan sabiamente dispuestos restan tan solo fragmentos en la abadía de Clairvaux, pues ya poco interés ofrece después de su moderna reconstrucción.

La constitución de la Orden fué escrita definitivamente en el año mil ciento diez y nueve, en virtud de la asamblea que tomó el nombre de «Primer Capítulo general del Cister» y que fué organizado por Hugo de Macon, San Bernardo y otros diez abades de la orden, resultando ser un notable trabajo de organización religiosa. Entre sus varias disposiciones dice al ocuparse de los edificios de la orden; «el monasterio será construído (si es posible) de tal manera, que reuna dentro de su perímetro todas las cosas necesarias, á saber: agua, molino, jardín, talleres para diversos oficios, á fin de evitar que los monjes salgan al exterior. La Iglesia deberá tener como carácter distintivo la sencillez; las esculturas y las pinturas serán excluídas, los cristales de las vitrinas de color blanco, sin cruces ni ornamentos. No deberá elevarse torre alguna de piedra ni de madera para las campanas cuya altura sea inmoderada, es decir, en desacuerdo con la simplicidad de la Orden..... Todos los monasterios del Cister serán edificados bajo la advocación de la Santísima Virgen. Varias casas de labranza serán distribuídas en la extensión del terreno propiedad de la Abadía, siendo su cultivo confiado á los hermanos «conversos» auxiliados por mozos de labor. Los animales domésticos deberán ser propagados en cuanto puedan prestar alguna utilidad, procurando que los rebaños de grande y pequeño ganado no se alejen más allá de una jornada de las casas de labranza, á cuyo fin éstas no podrán distar una de otra menos de dos leguas borgoñesas».

COMPOSICIÓN

Aún cuando parezca no ser del caso en el presente trabajo descriptivo, ocuparse de otra cosa que del monumento objeto de nuestra visita, creo me concederéis que me separe por un momento para daros á conocer de una manera rápida y ligeramente embozada la disposición y costumbres que se

observaron en la Abadía-madre ó cabeza de la Orden como se llamó al Monasterio del Cister.

Una cruz, signo de la redención del Señor señala al viajero la dirección de la entrada del Monasterio junto á cuyo ingreso se encuentra una pequeña capilla. Tan luego como el hermano tornero oía llamar á la puerta levantábase diciendo «Deo gratias,» dándolas al Señor por la llegada de un forastero y pronunciando la de «Benedicite» al abrirla ó al facilitarle la entrada en el recinto. Postrado de hinojos ante el recién llegado, levantábase luego para dar aviso al Abad, quien dejaba toda clase de ocupaciones para salir al encuentro del viajero que el cielo le enviaba y asimismo arrodillándose ante él acompañábale seguidamente al oratorio.

Esta costumbre nos explica la existencia de la capilla junto á la puerta de entrada. Luego de una corta plegaria confiaba el Abad á su huésped al cuidado de un hermano hospitalario, quién enterándose de los deseos de aquél, le procuraba alimentación, así como cuidaba de su cabalgadura si el visitante hubiese llegado á caballo, á cuyo efecto encontrábanse emplazadas junto á la gran puerta interior las caballerizas. Los huéspedes comían ordinariamente con el Abad, quien tenía para ello una mesa separada de la de los demás religiosos. Terminados estos cumplidos reglamentarios, dos hermanos de semana designados en pleno Capítulo todos los Domingos para dicho cargo, lavaban los pies al viajero.

De la gran entrada pasábase á una plaza cuyos lados la formaban los depósitos de granos, cuadras, cochería, etcétera, además de un gran edificio destinado en parte á las bodegas y habitaciones de los hermanos conversos.

Igualmente fuera de la clausura se encontraba la morada del Abad próxima á la Iglesia á la que entraban los huéspedes y los hermanos conversos por una puerta especial.

El gran claustro, el refectorio, la cocina, los dormitorios, el pequeño claustro y las celdas de los novicios, la biblioteca, la gran enfermería, etc., etc., constituían el último recinto ó clausura, resultando que el conjunto ó recinto general se encontraba perfectamente amurallado cumpliéndose así escrupulosamente el articulado de la orden.

Respecto de la Iglesia, elevábase en el centro de su crucero, si bien á poca altura, una modesta aguja que á manera de cimborio destinábase á contener un reducido número de campanas.

La abadía del Cister nos presenta el ábside rectangular mientras las de Clairvaux y Pontigni son circulares, diferenciándose con solo esto de un modo esencial, respecto á la abadía madre. Las cuatro capillas cuadradas del Crucero se hallan en idéntica disposición en los expresados monasterios.

No me cabe duda que con lo que llevo manifestado os habréis hecho cargo perfectamente de la armónica relación

que existe entre el Monasterio que vamos á describir y los más importantes de la orden Cisterciense.

Cuando la religión tuvo que convertirse en guerrera hueste para defender sus sagrados derechos y deberes, cuando trocando su iris de paz y concordia por las armas ofensivas, cuando realizado en gran parte el triunfo del cris-

tianismo sobre las sectas mauritanas en nuestra patria y expulsados de este suelo quienes durante siete siglos desde el año setecientos once á mil cuatrocientos noventidos le tuvieron oprimido escarneciendo su religión, fué entonces cuando los héroes de tales proezas, en posesión del laurel de la victoria, hallaron el descanso apetecido en los recintos sagrados de los monasterios.

Allí fué donde después de defender con su cuerpo la reli-

gión y la patria fueron, Reyes y Magnates á buscar el descanso en vida y aun el eterno.

En los monasterios fué donde las artes y las letras buscaron refugio, ya que en aquella época era tan imperfecta la

seguridad. A esto se debió la preponderancia que en los claustros alcanzaron los distintos ramos del saber humano, pues allí se congregaban y discutían los sabios más eminentes. Estos recintos sagrados fueron á la vez que templos destinados á la oración y albergue de viajeros, inexpugnables baluartes y riquísimas sepulturas de personajes de elevada extirpe. Allí depositaron sus restos y sus trofeos los Reyes vencedores y los más renombrados caballeros, dejando perenne recuerdo de sus nombres y de sus hechos por medio de bellísimas creaciones artísticas.

En aquellas moradas de oración y penitencia encuéntrase el genio arquitectónico tal como se sentía y manifiéstase su única tendencia á la gloria y al explendor, enlazados armónicamente con los sanos principios de la fe religiosa y el amor á la patria. Hé aquí porqué predominando tan elevado modo de sentir y tan arraigadas convicciones, debieron nacer las manifestaciones arquitectónicas forzosamente adecuadas á las necesidades de la época, mayormente las de carácter religioso, que como la que tenéis á la vista, demuestran claramente la edad del heroismo por la religión y por la fe.

Este monumento es fiel trasunto de cuanto tan desaliñadamente os acabo de manifestar, ya que á mi modo de entender fueron los monasterios de Poblet, Vallbona y Santas Creus, en la comarca Tarraconense, tres ramas desprendidas de la abadía de Clairvaux que constituyeron las joyas más preciosas de la antigua corona de Aragón.

Fueron asimismo los museos más importantes y que más caudal aportaron en nuestra región para el desenvolvimiento de las ciencias y de las artes.

PARTE DESCRIPTIVA

Así como en Poblet resta tan solo leve sombra de aquel gigante y de su antiguo explendor, no sucede lo mismo respecto á este cenobio, ya que como podéis observar, consérvase todavía su integridad de construcción, aun cuando las señales de destrucción que nos ofrece nos las explicamos desgraciadamente, pues se debieron á vandálicas profanaciones y al descuido incalificable por una parte y á las inclemencias atmosféricas que nada perdonan en el transcurso de los siglos.

Conforme habréis observado, no nos hallamos á la vista de un simple retiro reducido solo á su Iglesia ó santuario adjunto al cual se encuentre el claustro, satisfaciéndose así las necesidades de las oraciones y de la penitencia; antes al contrario, vemos aquí una aglomeración de cuerpos de edificios

Monasterio de "Santas Creus" (Tarragona)

Datos gráficos para una monografía

Seccion trasversal

Escala 1:100 Mts.

SAMSOT y MISSÉ Hnos. BARCELONA

alrededor de un colosal templo de tal manera dispuestos que más bien se ofrece á nuestros ojos una antigua urbe con su catedral en el centro para congregar á los fieles y elevar sus preces al Altísimo. Hé aquí como se presenta imponente y magestuosa la Basílica, templo principal de este Monasterio Cistersciense que á la vez se convierte en almenada fortaleza y elevada atalaya para amparar y defender á sus vecinos inmediatos que á su alrededor se agrupan cual en regazo de madre cariñosa.

A fin de describir históricamente este Monasterio, héme visto precisado á hojear diversos autores y, aun cuando en algunos, como el Viaje literario por las Iglesias de España del P. Villanueva, la España sagrada del P. Flores, la Crónica de Pujadas, la Historia de Cataluña de Balaguer y la de Bofarull, los Recuerdos y bellezas de España, etc., etc., se encuentran interesantísimos datos que me han ilustrado al fin propuesto, no he de dejar pasar sin hacer estricta justicia manifestándoos que todo cuanto he podido extractar y recopilar de los expresados autores lo he hallado perfecta y ordenadamente coleccionado en el «Ensaig monográfic sobre lo Monastir Cistersiense de Santas Creus» que en el año 1883 publicó la Asociación Catalanista de Excursiones Científicas, debido á la bien cortada pluma del distinguido é ilustrado Catalanista D. Teodoro Creus, autor también de la traducción del aludido Ensaig que en forma de libro publicóse en 1884.

Ocúpase también con perfecto conocimiento de la parte histórica y artística de este Monasterio el malogrado escritor Sr. Hernández Sanahuja, inspector que fué de antigüedades de Tarragona, quien en 1886 publicó en forma de folleto una historia de este Real Monasterio. A uno y á otro debo especial y público agradecimiento.

FUNDACIÓN

Variadas son las opiniones que se han vertido acerca la

fundación de este cenobio; pues aparte de los datos que para demostrar su orígen aducen los escritores contemporáneos, ofrécense también como dignos de tenerse en cuenta los contenidos en el curioso libro llamado d'en Pedret, monje de este apellido, que recopiló durante su claustración interesantísimos documentos y cuyo libro logróse salvar de la destruc-

ción de 1835, conservándose hoy religiosamente en el Monasterio de monjas Cistersienses de Vallbona.

En dicha recopilación se manifiesta como á dato principal que demuestre la fundación de este Monasterio la siguiente curiosa tradición que transcribimos á fin de que pueda hacerse cargo el visitante del mayor ó menor viso de verdad que dicha tradición pueda tener, en comparación con las notas aportadas por otros distintos autores.

Dice así: tomada á los sarracenos por el conde de Barcelona D. Ramón Berenguer la Ciudad de Lérida, quiso saber quiénes eran los nobles que le habían ayudado en semejante empresa, y hallando á faltar entre ellos á Guillermo de Castellvell, para calmar la ira que esto le causó, otro noble, Guillermo Ramón de Moncada, le dijo que aquél se daba vergüenza de presentarse porque era algo «feo de rostro». Parece que la nueva de esto fué trasladada bajo muy distinta forma al expresado Castellvell, quien concibió tal odio contra Moncada, que esperándole un día á paso con algunos de los suyos, le hizo prisionero y le encerró en su castillo de Rosanes, sugetándole á un cepo.

En semejante situación le visitó un hermano de dicho Castellvell, Arzobispo de Tarragona, á quien rogó el preso su intercesión para que le fuese aligerada la prisión, alegando que este proceder era solo digno de gente rústica. Contestóle

el prelado que no había necesidad de interceder con su hermano, ya que él mismo podía aligerarle la pena, á cuyo efecto con un pequeño cuchillo cortó una astilla de reducidas dimensiones del cepo al que estaba sugeto Moncada. Reconcentrada quedó en el corazón de este caballero la ira por tan sangriento ultraje y habiendo salido de la prisión algún

tiempo después, aprovechó la ocasión de pasar el Arzobispo por sus dominios, le recordó el insulto que le hizo durante su cautiverio y le hundió la lanza en el pecho. Huyó luego Moncada por temor al castigo de que se hacía merecedor y refugiándose en los estados del Rey de Aragón alcanzó de éste por sus relevantes dotes como militar y consejero el nombramiento de «Senescal de sus ejércitos».

El expresado libro de Pedret añade que con ocasión de prestar reverencia Moncada al Conde de Barcelona Ramón Berenguer, le retiró su mano el Conde, interrogándole con indignación el porqué se atrevía á comparecer ante su presencia. Explicado por Moncada el objeto de su visita al Conde cual era la proposición de matrimonio de D.ª Petronila, hija de D. Ramiro, Rey de Aragón, con el referido Conde de Barcelona Ramón Berenguer, restituyó éste á Guillermo Ramón de Moncada todos cuantos bienes legítimamente le habían sido confiscados por su antes citado delito. Deduce de esto Pedret, así como por la penitencia que el Papa impuso á Moncada para obtener la absolución, la fundación de nuestro Monasterio de «Santas Creus».

Tan diversas son las opiniones que acerca dicha fundación se han emitido, que con el fin de no molestar con exceso vuestra galante atención, dejaré de anunciarlas y daremos por sentado con Pujadas y Feliu de la Peña que contribuyeron á la fundación de este Monasterio, no tan solo los Moncadas, si que también Galcerán de Pinós, Poncio de Cabrera, y Pedro Alemany, quienes sino fundadores en absoluto, fueron con seguridad los que posteriormente contribuyeron á la construcción y engrandecimiento de este real cenobio. Prueban esta versión los ricos sepulcros que de estos nobles contiene el claustro.

La primera comunidad fundadora del Monasterio la constituyeron doce religiosos profesos y tres conversos presididos por Guillermo, antiguo prior de la Gran Selva, á quien sucedió Hugo en 1153, Gerardo en 1156 y Pedro en 1158, siendo en época de este último cuando por no encontrar á propósito para la instalación de la comunidad el sitio denominado Valldaura, se trasladaron y organizaron definitivamente en Santas Creus.

Empezáronse las obras de este Monasterio en el año 1160, aún cuando es de suponer por el texto de las bulas de Adriano IV, en 1155, otra de 1160 y la de Urbano III en 1185, que las obras por lo menos de la construcción de la Iglesia empezaron en 1174.

DISTRIBUCIÓN

Conforme habréis podido observar, ocupa el Monasterio de Santas Creus un delicioso emplazamiento formado por suaves colinas situadas á orillas del Río Gayá, próximo de los pueblos de Vilarrodona, Alió, Pla de Cabra, Fontcaldetas, Pont d'Armentera, los Gayans, Montagut, Selma y Alba, así como convendréis conmigo que el Monasterio de Santas Creus atrae desde luego la mirada del viajero al observar desde lejos su silueta y cautiva deseando acelerar más y más su visita en cuanto sus almenas y su cimborio se van detallando á su vista.

Llegado ya el curioso artista á los umbrales del recinto monacal á cuya puerta no precisa hoy como antes llamar esperando fuese abierta por un hermano religioso, preséntase á nuestra vista una pequeña extensión de recinto murado á cuya izquierda se ven las casas que sin duda pertenecieron á dependencias del servicio del Monasterio. Al frente la pequeña y modesta capilla de Santa Lucía destinada á Iglesia parroquial de la feligresía. Junto á esta capilla encuéntrase la puerta llamada Real ó de clausura, la cual, si bien reune algunas condiciones de grandiosidad por sus dimensiones, no se recomienda por su exquisito gusto arquitectónico. En la parte superior de la citada puerta Real se encuentran habitaciones destinadas sin duda al religioso portero vigilante del Monasterio, que servía de albergue al monje vicario de la parroquia encargado de la capilla mencionada.

Traspasados los umbrales de esta puerta de clausura, ofrécese á nuestra vista una extensa plaza trapezoidal, cuya base menor se halla en el ingreso y la mayor ó del fondo la constituye el terraplén que sirve como de basamento á la gran fachada de nuestro Monasterio. Los dos lados restantes del trapecio los constituyen construcciones diversas que probablemente fueron destinadas á viviendas de los monjes jubilados, bolsería, hospedería, habitación del médico y farmacia, siendo de notar entre dichos edificios el palacio del Abad, que

si no se distingue bajo el punto de vista artístico, ofrece en su ingreso un patio claustrado de arcos ojivales y una escalera grandiosa y de recomendable construcción.

Con un desnivel suficiente se acusa como hemos dicho á manera de zócalo el terraplén ó plaza frente á la fachada del Monasterio, que cautiva la atención del observador por sus robustas líneas y efecto majestuoso. Indudablemente que al observarla os habrá trasportado vuestra imaginación á la época del feudalismo mejor que pensar os hallaréis admirando la casa de Dios. Aquella silueta de fortaleza almenada os habrá sugerido la idea de ver en cada hueco de sus ballesteras, no el religioso predicando amor y fe, sino el guerrero que, empuñando su ballesta se apresta á defender á cos-

ta de su vida sus más caras afecciones: la Religión y la Patria.

Así debió suceder: toda vez que en los siglos XII y XIII turbaban la tranquilidad de aquella comarca los árabes, quie-

nes con frecuentes sorpresas trataban continuamente de turbar el recogimiento de los cristianos.

Cuerpo avanzado de la fachada constituye la parte de la misma que nos acusa el templo y todo él se halla construido con piedra de sillería, destacándose principalmente el carácter de severidad y sencillez, condición típica de la orden Cisterciense. Su parte central tiene mayor altura, evidenciando de este modo la diferencia que en el interior debe observarse entre la nave central y las laterales del templo.

Siguiendo á la derecha de la fachada del Monasterio forma cuerpo entrante de la misma un simple paramento almenado también y que constituye el recinto murado del claus-

tro principal cuya puerta de ingreso se encuentra al extremo del expresado paramento.

Tanto esta puerta como la de entrada al cuerpo principal ó fachada de la Iglesia, son dignas de particular estudio por su marcado sabor religioso de la primitiva época ojival, notándose gran pulcritud en el detalle y una exquisita belleza en el conjunto, siendo dignas de particular mención y detenido examen la sección horizontal de sus molduras.

Nótase á primera vista, una desproporción marcada entre la portada del templo y el ventanal que sobre la misma se encuentra, sirviendo de lucerna á la nave central, cuyo ventanal agimezado por elegantes y esbeltas columnas ofrece un alfiezar pronunciadísimo así en su parte exterior como en la interior del edificio, contribuyendo así á que resalte más la antedicha desproporción.

Sin duda alguna, y cabe suponerlo, esta portada no debiera quedar en tal disposición según el criterio del arquitecto que proyectó el edificio, ya que la desproporción citada se habría contrarrestado con la construcción de un cuerpo avanzado que á manera de vestíbulo hubiera dado mayor altura é importancia á este ingreso. Corrobora á mi entender esta afirmación la existencia á ambos lados de la portada actual de dos pilares que en forma de haces de columnas acusan el principio de un vestíbulo.

Igual sistema constitutivo y decorativo se observa respecto de la portada de ingreso al antes citado claustro. Tanto más opinamos así, si observamos que á lo largo del paramento exterior del claustro se presentan indicios de huecos cegados dando lugar á suponer que no era esta la disposición que debió tener la fachada en este sitio, antes al contrario, que debería anteponérsele otro cuerpo á continuación y en armonía con el vestíbulo correspondiente á la portada del claustro. En el paramento lateral del cuerpo avanzado ó iglesia, obsérvanse señales inequívocas de haber estado adosado al mismo otro cuerpo de edificio ya fuese de importancia ó ya solamente un simple cobertizo y en confirmación de esta señal existe también la evidente, de encontrarse bajo la huella del expresado cobertizo tapiada, una ballestera correspondiente á una escalera que se desarrolla en el grueso del muro. Esta escalera al igual que otra que existe en el muro opuesto, han sido últimamente descubiertas y nos prueba su existencia el razonado sistema estratégico ó de defensa del templo ya que así podían sus moradores comunicar desde el interior de la nave central á las cubiertas de las naves laterales.

Existen además en la fachada de la Basílica, notables diferencias de unión entre las hiladas de la sillería y en especial con respecto á las dimensiones de las mismas, deduciéndose así fácilmente que el primitivo aspecto correspondía al

Monasterio de "Santas Creus"

(Tarragona)

Datos gráficos para una topografía

Sección longitudinal.

estilo del siglo XII, es decir, arquitectura románica, en armonía perfecta con la del interior y que posteriormente construyóse á la portada y su ventanal superior.

BASÍLICA

Si traspasamos el umbral y penetramos en el templo nos encontramos con un robusto cancel de estilo renacimiento conservado en muy buen estado y que demuestra la manera perfecta como se tallaba la madera y se construían estos trabajos de carpintería. Al penetrar en la nave central y observar el aspecto interior, prodúcese en el ánimo del espectador una impresión de respeto y concentración de ánimo por la severa arquitectura románica, los grandes macizos de los pilares de sección rectangular que sostienen los arcos de las cubiertas y sus gruesos aristones. Ciertamente cree encontrarse el visitante en un recinto monacal, no ya como dicen algunos autores en una bodega ó en una cárcel, sino precisamente en el sitio destinado á la oración y austera penitencia. La luz penetra á través de alfeizados y angostos ventanales, resultando escasa y penumbrosa, lo cual da lugar al gran aspecto de severidad que sin duda se pretendió dar al templo.

La nave central mide desde el suelo hasta las claves de los arcos diez y siete metros cincuenta centímetros y su profundidad es de setenta metros ocho centímetros, siendo su ancho ocho metros cincuenta centímetros; las naves laterales miden cuatro metros de anchura y ocho metros cincuenta centímetros de altura, resultando como es de ver por lo dicho, que si la iglesia ofrece á primera vista un cierto aspecto de pesadez, no es á causa de la falta de proporciones, sino por exceso de volumen en sus macizos. En conformidad con la importancia del templo, encuéntrase situado el coro en el centro del mismo de cuya construcción no existen hoy restos de ninguna especie en cuanto á su sillería y sí tan solo de la portada anterior ó de ingreso. Conforme también con la dis-

posición de la abadía modelo de que antes hemos hablado, solamente cuatro capillas se encuentran en el crucero, cuyo escaso número dió lugar sin duda á que se construyesen los arcos correspondientes al cercado del coro y mirando á las naves laterales á fin de satisfacer con más holgura las necesidades del culto. Tanto estos retablos como el del altar mayor, corresponden á estilos arquitectónicos de muy distinta época que la fundación del templo; prescindamos por lo mismo de su análisis, aún cuando dentro de su carácter nada despreciable ofrecen, antes al contrario, demuestran el perfecto dibujo de la época en que fueron construídos.

La planta nos acusa claramente la forma de la cruz latina, en el fondo de cuya testera ó sea en el ábside, se ostenta un gran rosetón de formas verdaderamente románicas. Las bóvedas son de arista descansando sus nervios de sección rectangular y de robustas dimensiones en simples ménsulas en las que se indican ligeramente unas hojas. Las claves de estas bóvedas son apenas dignas de mención á causa de su sencillez, escepto la correspondiente al tramo anterior del crucero que ostenta el escudo de la casa de Aragón y la correspondiente á la parte del Evangelio, que presenta toscamente labrado el cordero pascual.

La orientación y disposición de la iglesia es exactamente

de Este á Oeste en su sentido logitudinal y de Norte á Sud en el trasversal, conforme fijaban las instituciones de la Orden, señalándose la citada situación en uno de los sillares de la parte izquierda del Crucero. Bajo del rosetón del ábside se ofrecen tres ventanales tapiados, y á pesar de lo preceptuado en las instituciones de la orden Cistersiense, los cristales de las vitrinas son ligeramente coloreados, mucho más que el gran ventanal de la fachada ó *espejo* como le llama el li-

bro de Pedret, indicándose en los compartimientos de la parte inferior de dicha vitrina, escenas de la vida de N. S. Jesucristo y de su Santísima Madre; así como los escudos de Aragón y la cruz de cuatro brazos, símbolo del monasterio, campean también en el referido ventanal. Las vitrinas restantes ofrecen tan solo lacerías y figuras geométricas, siendo únicamente los colores blanco y amarillo pálidos los predominantes.

TUMBAS REALES

Pasando ya de la parte constructiva envolvente á describir lo más importante que contiene esta Basílica, hemos de fijar indudablemente nuestra atención en lo que dá verdadero carácter de magnificencia y respetable aspecto monumental á este recinto sagrado. Constituyen esta parte principal los magníficos panteones en que fueron enterrados los restos de los Reyes de Aragón, D. Pedro III, D. Jaime II y D.ª Blanca de Nápoles, situados junto á los pilares extremos de la nave central en el crucero de la Iglesia.

El de la derecha ó sea el de D. Jaime II el Justiciero y su esposa D.ª Blanca, forma su planta un rectángulo de un metro noventa y siete centímetros de longitud por un metro treinta y seis centímetros de latitud. El basamento es precioso, no solo por su pureza de estilo gótico de la mejor época, si que también por su riqueza de material, ya que sus calados son de mármol blanco que destacan magníficamente sobre un fondo de un bellísimo y abrillantado mármol negro. Con seguridad que este monumento sepulcral no tenía la coronación que manifiesta hoy el expresado basamento, pues actualmente en vez de la cornisa que debería rematarle existe una adición en sus lados y otra en su frente de un gusto arquitectónico completamente distinto. Consisten estas adiciones laterales en unas planchas de alabastro que á manera de friso sirven de coronamiento al sarcófago; é igualmente otra plancha del mismo material que las anteriores corona el frente; piezas todas ellas de una labor muy delicada, retratando fielmente el renacimiento Italiano, pero que colocadas en este lugar producen un malísimo contraste.

Sirven de tapa prismática triangular al monumento mortuorio, las dos estatuas yacentes de D. Jaime II y de Doña Blanca de Anjou con hábitos monacales de la orden, levantándose en el centro de dicho prisma apoyado en la arista del ángulo superior una bellísima aguja á manera de piná-

culo. Corresponde á la testera del mausoleo adjunto al muro del pilar extremo una imagen de relieve cobijada por un gótico doselete.

El templete que asimismo cobija el referido mausoleo presenta á los ojos del espectador un bellísimo y puro ejemplar del estilo ojival, entusiasmando á la vez que su estructura y proporciones, los delicados detalles de su ornamentación.

Iguales consideraciones hay que apropiar respecto la magnificencia, suntuosidad y buen gusto arquitectónico del mausoleo dedicado á contener los restos de D. Pedro III el grande, siendo de notar como elemento notable en dicho monumento la urna que debió contener los restos de aquel monarca, pues su material es el pórfido rojo de Alejandría. La tradición afirma que D. Pedro III escogió dicha urna para que después de su muerte se depositasen en ella sus restos; á cuyo fin ordenó traerla desde Mallorca, afirmándose también que dicha pieza estuvo destinada á baño de uno de los reyezuelos moros de aquella isla. Por su disposición y dibujos en la misma esculpidos, más bien es de creer que perteneció á alguno de los sarcófagos del antiguo Egipto, pues bien sabido es de todos vosotros, que el Koran prohibe por su religión iconoclasta las imágenes de hombres é irracionales, en toda clase de escultura.

Se supone y es de creer que aun cuando en épocas diversas de vandálicas profanaciones habríase intentado romper tan rico mausoleo, la dureza del material impidió la profanación que sin duda como otras muchas habrían llevado á cabo las desenfrenadas turbas. Bajo todos los conceptos es digna de especial mención la pieza que constituye el cuerpo superior de este sepulcro, no ya solo por su afiligranado y bien estudiado trabajo de composición ojival, si que también por su adecuada policromia, de la cual, como en las bóvedas y parte exterior del templete, se observan todavía marcadas señales.

De agradecer es á cuantas ilustradas individualidades y corporaciones hayan intervenido en la conservación de estas joyas de arte arquitectónico, las reparaciones y trabajos de consolidación que á dicho fin se han realizado, puesto que de no haber sido así, tendríamos hoy que deplorar la ruina de monumentos tan notables.

Junto al panteón de D. Pedro el Grande obsérvase en el suelo una losa de mármol blanco con inscripciones que dan á entender de común acuerdo con la historia de este cenobio fueron depositados bajo la misma los restos del renombrado almirante Roger de Lauria, el invicto héroe de Nápoles, Roma y Malta, cumpliéndose así su espontáneo ruego que durante su vida hizo de descansar el sueño eterno junto á los restos de su amadísimo Rey y Señor, satisfaciendo aquel ferviente deseo D. Alfonso III, llamado el liberal, hijo y sucesor en el trono del difunto D. Pedro.

La expresada losa mortuoria no está ni de mucho intacta ni completa, lo cual hace suponer que tampoco se libró de la profanación la tumba del glorioso almirante, y aún cuando sobre este hecho refiérense curiosísimas versiones, es preferible pasarlas por alto y lamentar una vez más que nunca falta quien honre tan poco á su patria, deshonrándose á sí propio, con la ejecución de hechos tan punibles.

SEPULTURAS

Otras muchas é importantes sepulturas contiene esta Basílica que, si bien no son notables como á gusto arquitectónico, son importantes por la historia de los individuos cuyos restos contienen, corroborando todo ello perfectamente el nombre de Escorial de Cataluña que se ha dado alguna vez á este Monasterio. Además de los restos Reales que hemos mencionado, cuenta la historia de este cenobio que tuvieron cristiana sepultura bajo sus naves, D.ª Margarita, esposa de D. Martín de Aragón, el infante Don Fernadno Sr. de Castro hijo de D. Jaime I, otro D. Fernando hijo de Don Alfonso IV y de D.ª Leonor de Castilla, muerta violentamente en Castellón de la Plana por orden de su hermano Don Pedro IV, afirmándose que estos restos desaparecieron cuando la revolución.

Otras sepulturas notables por los restos que contienen son las del Abad D. Guillermo Gener de Ferrari, con bellísima y bien ejecutada estatua yacente, la de D. Ar-

nao Guillén de Cervelló, Baron de la Llacuna y su esposa, la de D. Juan de Salinas, primer prior y vicario general de Montesa, cuya orden de caballería obtuvo D. Jaime II en 1316 de la Santa Sede, como exclusiva prerrogativa del Abad de Santas Creus. Existe además en uno de los tramos de la nave central la tumba que en el año 1756 fué construída para contener los restos de las familias de Moncada y Medinaceli, no mereciendo este panteón los honores de su des-

cripción arquitectónica á causa de su mal gusto propio de la época en que se construyó.

SACRISTÍA

A la derecha del crucero existe la comunicación con la sacristía cuya dependencia nada deja que desear en cuanto á sus proporciones; sin embargo, actualmente poco se recomienda, artísticamente hablando, ya que todo cuanto pudo haber contenido en sus buenos tiempos desapareció desgraciadamente para el arte.

DORMITORIO

Junto á la antedicha puerta y en el mismo crucero encuéntrase una monumental, aunque simple escalera, que comunica con el dormitorio de los monjes jóvenes. Esta dependencia es por demás digna de especial mención, pues su longitud de 46 metros y su ancho de 11'30 metros constituyen una inmensa sala cubierta de tejado que lo sostienen once arcos apuntados que arrancando en los respectivos muros laterales son sostenidos por toscas ménsulas. A propósito de este gran dormitorio, dícese que en Agosto de 1191, siendo Abad de este monasterio D. Hugo, dióse principio á su construcción, presentando su piso hoy día evidentes señales de la disposición que en su época tuvieron las celdas de los mon-

jes, así como sus aberturas exteriores, tomando luz por las fachadas laterales. Como la del crucero, existe de sillería también otra importante escalera que comunica desde el centro del dormitorio con el claustro.

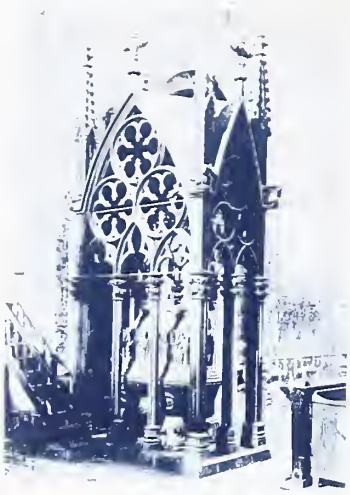
CLAUSTRO

Con razón decía nuestro digno Presidente actual y respetable compañero D. Modesto Fosas Pi, en su Memoria descriptiva de la Cartuja de Montalegre, que: el claustro es en las casas monásticas, el lugar en donde mejor se refleja el carácter del monumento. Efectivamente, Señores, nada hay en un monasterio que dé más profunda idea del carácter, virilidad é instrucción científica y artística de sus moradores como su claustro, lugar destinado, si bien al esparcimiento de los religiosos, á la concentración de su ánimo y de las ideas de progreso en los distintos ramos del saber humano.

Allí se manifiestan con todo su explendor principalmente los reflejos de esa luz de la inspiración con que las manifestaciones arquitectónicas nos admiran y estimulan en nosotros el estudio de lo bello.

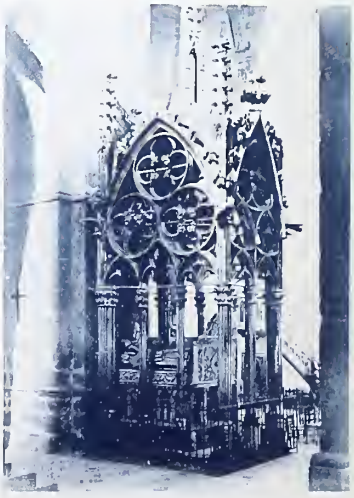
¿Qué duda hay que al observar todos vosotros este monumental cenobio os habréis fijado notablemente en este claustro, observando mejor que yo á la par que los bellísimos ejemplares que de la arquitectura ojival nos presenta, las diversas épocas sucesivas que en él se demuestran? Pues aún cuando con tanta afinidad y sucesiva ordenación se resuelve aquí el problema concebido, bien claro apreciará vuestro ilustrado criterio la construcción de este claustro, retratándose fielmente el estilo románico, el de transición y el ojival de primera y segunda época.

Ejemplos del primer estilo son la sala capitular y el templete ó lavatorium, modelos del segundo son los ricos sarcófagos y alas de Norte y Este del mismo á la vez que son bellísimos ejemplares del segundo período ojival los tramos correspondientes al ala Oeste del repetido claustro.



Esta gradación que á primera vista parece debe pasar desapercibida, no habrá sucedido así en el presente acto, ya que como he dicho, todos vosotros conocéis mejor que yo las diversas etapas, que caracteriza el arte arquitectónico prototipo del cristianismo.

Largo y en extremo profuso debería ser si tratase de detallaros esta parte importante del monumento que me cabe la honra de describiros y á fin, pues, de no molestar con exceso vuestra benévola atención, de la cual estoy abusando hace rato, me ceñiré exclusivamente á ponerros de relieve lo que considero á mi modo de ver digno de ser mencionado con verdadera preferencia. Hállase situado conforme con las instituciones de la orden Cisterciense y al igual que el de la abadía modelo de Clairvaux junto al templo Basílica y á la derecha entrando de la misma, teniendo por dos conceptos ó puertas de ingreso comunicación con la correspondiente nave lateral. Asimismo comunican con este claustro las principales dependencias que fija la regla Cisterciense, si bien actualmente se encuentran cegadas algunas de estas comunicaciones.



LAVATORIUM

Lugar preeminente lo ocupa la glorieta ó lavatorium emplazada casi en el centro del deslunado; de estilo románico y planta exagonal, cada uno de cuyos lados lo constituye un tramo parte-luzado por pequeñas columnas de elegantes bases y sencillos capiteles, saliendo ó arrancando de los vértices de los seis ángulos en su parte interior otros tantos ner-

vios de sección rectangular que vienen á constituir como cubierta de dicho templete una curiosa y bien entendida bóveda por arista, cuya clave las recibe perfectamente, teniendo esculpida en la misma una cruz de típico dibujo. En el centro de este templete se encuentra la concha ó surtidor de dimensiones bastante notables construída de mármol blanco y midiendo $2^{m},30$ de diámetro.

SARCÓFAGOS

Los paramentos interiores del clausto se hallan en su mayor parte ocupados por sarcófagos, algunos de ellos de relevante mérito artístico que contienen los restos de los caballeros que más se distinguieron en aquella edad por sus hechos: así vemos en el ala de Poniente la tumba de Pedro Júdice, el sepulcro de los Montolín, el de Pedro de Tarragona, y la tumba de la familia Salla. En el ala de Mediodía se encuentran: los sepulcros de Ramón Alemany de Cervelló, Señor de Querol y Pont de Armentera, el de Gerardo de Cervelló, Señor del Castillo de Ramonet, el de Guillém de Claramunt y de Guillerma su mujer, Señores de la Sacuita y del Estany de la Mora, el de la familia de Salvá, el de D. Berenguer de Llorach y el de Bernardo de Montbrió. En el ala de Levante, los sepulcros del caballero Guillém Salmella, otro desconocido que se cree de Asberto de Castellet, la tumba del Dr. Guillermo de Mirallés de la villa de Montblanch, la del venerable mosen Juan Aznar canónigo y camarero de la Catedral de Lérida, el sepulcro de los nobles de Aguiló Señores de la baronía de Talavera, la del venerable Matías Gornales mercader de Santa Coloma de Queralt, el sepulcro de los nobles barones de Pinós, el antiguo y característico de los Moncada, la tumba del reverendo Padre-maestro Abad D. Pablo Miracle, la de Poncio Pedro de Bañeras y el antiguo sepulcro de los nobles Barones de Cervelló. En el ala Norte vemos los sepulcros siguientes: el de los nobles Barones de Cervera (D. Jaime de Cervelló, esposo de D.ª Blanca de Puigvert), el de la ilustre familia de los Queralt, el del noble

Berenguer de Puigvert (padre de D.ª Blanca, mujer de Jaime de Cervera), el de la invicta amazona Guillerma de Moncada (esposa de Ramón de Cervelló) el de los nobles Pedro y Poncio de Cervera.

Muchos más son los nombres de nobles personajes y distinguidas familias de estirpe catalana que pudiéramos enumerar, de los cuales nos da detallada noticia el renombrado libro de Pedret, pero que omitimos en gracia á la brevedad, ya que queda demostrado cuán grande fué la predilección que por nuestro Real Monasterio de Santas Creus, sintieron los preclaros hijos de nuestra región catalana en aquella época.

Réstame tan sólo deciros referente á este importante claustro que su planta rectangular paralelográmica la constituyen treinta tramos ó compartimentos, correspondientes siete de ellos á cada uno de los lados menores y ocho respectivamente á cada otro de los opuestos.

En todos ellos campea el más exquisito gusto del estilo ojival divididos todos en tres aberturas, escepción hecha de los ocho contiguos á los cuatro ángulos, que lo son en dos. Estas arcoaciones ó tramos que cierran el jardin dando el verdadero carácter al claustro, nos ofrecen así en su conjunto y dimensiones como en sus detalles de acabado dibujo, el más esbelto y pulcro trabajo de labra que pueda esperarse encontrar en obras de sillería. Preciso ha sido un minucioso examen de las diversas secciones del moldurado de la infinidad de capiteles caprichosos y de la variedad en unas partes existente y en otras apenas esbozada de los calados de las ojivas para recabar y afirmarnos en la convicción de que los lados del claustro correspondiente á Norte, Este y Sud con las de los extremos de la del Oeste corresponden al segundo período del arte ojival al paso que son de la última época ó flamigero los restantes tramos. En aquéllos resplandece la elegancia y el perfecto modo de sentir del arte gótico en la Edad media, conforme hemos visto en los suntuosos panteones reales del interior del templo, mientras que en los últimos se indica si bien con perfecto trabajo de labra el principio de la decadencia del arte ojival, siendo no obstante muy recomendables por su atinada concepción. Igual cambio de época observamos en las gárgolas respectivas, pues mientras en unas se acusan simples canales de caidas de agua, represéntanse en las otras simbólicas y expresivas esculturas.

Atribúyese la fundación de este claustro á la influencia que con dicho objeto ejerció D.ª Blanca de Nápoles en su esposo el Rey D. Jaime II durante el año 1303 y su terminación en época posterior al año 1341, fecha que afirma Pedret como la de conclusión de las obras.

DEPENDENCIAS

Una de las puertas tapiadas del ala Sur del referido Claustro comunicó en otro tiempo con las dependencias llamadas del Priorato, cuya puerta interior existe todavía; nos ofrece un curioso ejemplar del arte del cerrajero en la edad media. Otro ingreso también cegado á continuación de la antes citada, comunicaba con las dependencias que contenían los lagares y prensa.

Sin importancia alguna encuéntrase actualmente en estado ruinoso lo que fué en otros tiempos el aposento llamado capilla de San Benito, así como otra que hoy se destina á depósito de restos arquitectónicos y cuyo aposento fué en otro tiempo capilla de la Asunción. Entre estas dos encuéntrase la dependencia quizás más culminante y característica conocida por la

SALA CAPITULAR

Situada en la parte media del ala Este del claustro anteriormente descrito se halla esta importante aula en donde según hemos dicho al reseñar las reglas de la orden Cistersiense, se realizaban los actos más importantes concernientes al régimen interior del Monasterio. La entrada á esta sala presenta desde su exterior un esbelto y bellísimo conjunto, pues sus adecuadas proporciones y apropiada disposición de sus elementos constitutivos, impresionan tan agradablemente al espectador, que no sabe distinguir de momento si es una obra característica de la época románica de transición ó bien si llevado su autor por el entusiasmo hacia aquel estilo, realizó en época posterior quizás contemporánea con la construcción del gótico claustro, una bien acabada imitación. Inclínase nuestro ánimo hacia esta opinión por el estado casi perfecto de conservación en que se encuentra la obra de sillería en todas sus partes. Su planta es casi un cuadrado de 11 metros 45 centímetros de lado por 11'25 metros de fondo, distribuído su techo superior en nueve bóvedas por arista que las forman los preciosos nervios que arrancando de los muros del paramento y de cuatro graciosas y esbeltas columnas, ofreciendo el más acabado conjunto que en arquitectura pueda concibirse.

Además de las expresadas aristas se acusan en virtud de la indicada concepción artística, doce arcos ligeramente apuntados y muy semejantes á los del claustro. En el pavimento de esta aula encuéntranse simétricamente distribuídos siete enterramentos de otros tantos abades que rigieron en su época los destinos de este cenobio, manifestándose con verdadero lujo de material y de arte escultórico, las estatuas yacentes de aquellos personajes, algunas de ellas de relevante mérito. Corresponden dichas tumbas á los siguientes abades: Fr. Jaime Carnicer, (17 Octubre de 1619) abad perpétuo; Ilustre Sr. D. Gerónimo Castifoch, abad perpétuo (30 Agosto

Monasterio de Santas Creus

(Tarragona)

Detalle de la Portada de ingreso al Claustro.

Escala de 0'05 por metro

Seccion horizontal

Fototipia LAMSOT y MISSE Hnos. BARCELONA

1593); Fr. Pedro Nogués, abad perpétuo (20 Julio de 1608); Fr. Andrés de Vallerregía, Obispo lirinense (6 de Junio de 1365); Ilustre Sr. D. Jaime Vadell, abad perpétuo (23 Diciembre 1560); Fr. Pedro de Mendoza, abad perpétuo (21 Abril 1519); Ilustre Sr. D. Bernardino Tolrá, abad perpétuo (1 Agosto 1534). De las crónicas del Monasterio se desprende la existencia de otros enterramentos entre los ya citados; tales son, los Ilustres Fr. Antón Sacases, Fr. Ilarión Gil, Fr. Ambrosio Soler, Fr. José Barbará y Fr. Ramón Pagés, abades temporales.

Fijad vuestra ilustrada atención en el estado aparente de los paramentos, así como de las columnas y demás elementos arquitectónicos de esa sala y creo convendréis conmigo en que no tan sólo realizóse una imitación del templete central del claustro, si que también se ha tratado y obtenido una restauración de esta aula por medio del raspado de su sillería.

CLAUSTRO ANTIGUO

Construcción en extremo secundaria por su importancia arquitectónica, y en comparación con lo que llevamos descrito, resulta ser el vasto patio claustrado al cual se comunica por un largo pasillo que tiene su origen en el claustro ojival y junto á la antes citada sala capitular. Llámase comunmente á este segundo claustro «antiguo», y si bien este calificativo pudiera ponerse en tela de juicio, hemos de convenir en que por campear allí la idea del misticismo podría muy bien ser que este claustro hubiera correspondido á la dependencia que en la órden Cisterciense se conoce con el nombre de «claustro de novicios». Es de creer también que fué construído en la época de la fundación del monasterio, ya que sus sencillas y ligeramente apuntadas arcoaciones revelan con todo vigor el instituto de la reformada orden religiosa, reflejándose la austera simplicidad de la abadía de Clairvaux. Es de suponer que el piso de esta galería ha sido terraplenado y por lo mismo han quedado enterrados sus pilares.

Mejor que os lo pudiera describir habréis observado en la planta que de este monumento he puesto de manifiesto, las diversas dependencias que con este claustro comunicaron, ya que hoy desgraciadamente quedan tan solo de ellas respetables ruinas que fueron en su tiempo habitaciones independientes de los monjes, las que habitaron sus ascéticos moradores que introdugeron esta orden religiosa en nuestra región y junto á cuyas dependencias se conserva todavía lo que fué primitiva iglesia ó capilla de San Bernardo.

Si tergiversamos el orden de descripción, observaréis conmigo que en esta capilla empezó con buen pie la interpretación magna de la oración y la austera penitencia que caracterizó la orden Cistersiense y que á medida que nos vamos dirigiendo de Oriente á Occidente en este Monasterio va apareciendo sucesivamente una paulatina relajación, pues las costumbres y el tiempo dejaron impresas sus huellas en las primitivas construcciones, de manera que, como dice muy acertadamente el malogrado Hernandez Sanahuja en su historia de este Monasterio, los monjes dejaron al salir franca puerta á la revolución, y ésta quiso también imprimir su mano de fuego en las paredes de este Monasterio para que no se echase de menos en el libro de su historia una página que representara el siglo XIX.

Entre las dependencias que á pesar de su estado ruinoso merecen todavía fije en ellas su atención el Arquitecto, existen el locutorio, la bodega, el refectorio, la enfermería y el cementerio; todas ellas retratan con fidelidad las costumbres de estas comunidades religiosas á la vez que la acertada disposición y el exquisito cuidado con que respecto á un emplazamiento seguían las instituciones reglamentarias de la orden del Cister. Todas ellas tendréis ocasión de examinar y formaros más exacta apreciación de lo que pudiera lograr con lo manifestado en estos mal trazados renglones.

HABITACIONES REALES

Aun cuando no lo dice la historia, afirman la tradición y las crónicas del Monasterio, y es de creerlo por las evidentes señales que acabáis de observar, que los Reyes de Aragón D. Pedro III el Grande y D. Jaime II el Justiciero con su esposa D.ª Petronila, residieron por algún tiempo en este cenobio; en corroboración de cuyas afirmaciones se ven emplazadas en la orientación Sud del mismo las habitaciones de aquellos soberanos, especialmente de D. Jaime II, y su esposa. Llámanse así el conjunto de dependencias que constituyen, si bien reducido, el llamado palacio de D. Jaime II comenzado por el mismo en el siglo XIII y terminado, según se desprende del escudo abadial que en una de las habitaciones superiores existe perteneciente al abad D. Pedro Nogués, en el siglo XVII (año 1605).

Si bien pobre en recuerdos históricos, resulta este palacio verdaderamente rico en detalles, pues vénse en él infinidad de elementos arquitectónicos que cautivan y atraen al artista; mereciendo especial y preferente mención el patio que podríamos llamar de «honor», en el cual se halla la escalera que da acceso al piso principal. Compuesta de un solo tramo y de sillería toda ella presenta esbeltas formas y delicada labor, ofreciendo un conjunto esencialmente artístico así la puerta y su dintel como los arcos del antepecho y pasamanos y su galería superior.

Renuncio ya á describir detalladamente esta joya arquitectónica, pues sobradamente apreciará vuestro ilustrado criterio su justo valor artístico, debiendo no obstante hacer constar que por la existencia de algunos escudos en las paredes de este palacio, es de suponer se comenzó su construcción durante el reinado de D. Pedro III.

Hasta hace muy poco tiempo lo ruinoso de los muros de este palacio hacía presumir que habría sido materialmente imposible visitarlo, más hoy día, gracias al esquisito celo de la Iltre. Comisión de Monumentos de la Provincia de Tarra-

gona, se ha llevado á cabo una obra que á no dudar evitará siga adelante el imperio de la destrucción, siendo de esperar que así suceda para bien del arte monumental arquitectónico.

Asimismo se han realizado obras de importancia para la reparación de los tejados del monasterio cuya decisión es de aplaudir tanto más cuando ya todos los muros interiores así de la basílica como del dormitorio y los claustros no hubieran resistido mucho tiempo sin notarse sensibles y desastrosas consecuencias para el arte.

Ya que me ocupo de las cubiertas, permitidme para terminar esta descripción que me refiera á las dos agujas que sobresalen de la silueta general del Monasterio.

La primera de ellas y más antigua es la torre llamada de las horas á la que da acceso una escalera en espiral cuya puerta se halla contigua á la sacristía. Por medio de unos cien peldaños se llega al tejado del crucero, elevándose sobre el mismo todavía unos doce metros. Presenta esta torre una agradable y bien entendida pureza de líneas, deduciéndose por las señales que allí existen que fué construída por el abad Contijoch en 1544.

CIMBORIO

Siguiendo por la cubierta del crucero, llegamos al centro del mismo donde se levanta un magnífico cimborio digno de particular atención en lo concerniente á su parte constructiva. Su planta es octogonal, apoyándose sus cuatro ángulos cardinales en los cuatro arcos del crucero de la iglesia, originándose por esta contraposición en diagonal unas preciosas bóvedas parabólicas en forma de pechina, entre las que

se acusan otras de menores dimensiones para el apoyo de los muros que superiormente constituyen los chaflanes ó lados menores del octogonal cimborio. El encontrarse cubierto el crucero por la correspondiente bóveda por arista, hace suponer desde luego que su construcción debió ser posterior, pues de otro modo hubiera podido muy bien su arquitecto aprovecharlo como á lucerna central para el templo; tanto más cuando hubiera podido hacer gala de su bien combinada construcción, que como he dicho y habréis observado, es sensible que quede oculta.

Como á silueta general, es sumamente agradable este cimborio, ya que sus proporciones y elegante estilo de transición consiguen que armonice perfecta y adecuadamente con el resto del edificio. Sirve este cuerpo como todos los demás superiores del monumento de verdadera atalaya, desde la cual se divisa una gran extensión del valle en cuya hondonada corre el río Gayá; así como resulta ser, conforme hemos dicho al principio de esta descripción, un verdadero baluarte de defensa, la que á no dudar fué preconcebida en forma escalonada á partir de los almenados del claustro y naves laterales, siendo el último punto las cubiertas de la nave central, crucero, torre de las horas y cimborio.

CONCLUSIÓN

No he de terminar sin suplicaros rindáis conmigo el más entusiasta recuerdo y justo tributo de admiración al autor ó autores que proyectaron esta joya arquitectónica; y toda vez que á pesar de rebuscar inútilmente el nombre de los mismos, tan solo parece atribuirse al arquitecto Mata, dediquémosle justa veneración á sus restos, los cuales afirma la tradición fueron depositados según su postrera voluntad en el ángulo saliente occidental de la cubierta del crucero y, aceptando como verdadera esta noticia, saludemos su memoria en prueba de entusiasmo y cariñoso compañerismo.

Asimismo he de proponeros y espero concederéis conmigo un expresivo voto de gracias á la digna Comisión de monumentos de la provincia de Tarragona por su demostrado celo en la conservación del que acabamos de visitar, haciéndolo extensivo á su discreto y erudito conserje D. José Argelaga por el exquisito cumplimiento de su deber como encargado de la vigilancia de este *Monasterio*.

He aquí, amigos míos, probado cuanto os indiqué al principio; con seguridad os habréis arrepentido de no haber dejado pasar por alto mi oscuro nombre en el turno que se acordó establecer para las ponencias descriptivas de los monumentos de nuestra región; pero ya os he indicado que mi propia iniciativa me obligaba ante vuestra cariñosa invitación y por lo mismo me encargué con vigor pero sin fuerzas para acometer tamaña empresa.

He procurado cumplirlo y creo no haberlo logrado en conformidad á cuanto vosotros os merecéis; no obstante, quedad convencidos que el mismo entusiasmo que sentí arder en mi

pecho nueve años hace al proponer turnasen alternativamente en estas excursiones el elemento antiguo de nuestra asociación y el moderno de la misma, revive hoy más y más si cabe, ya que de esta alternativa me atrevo á esperar estímulo suficiente y emulación completa; con lo que á buen seguro recopilará esta asociación abundantes frutos, los cuales, en forma de monografías arquitectónicas de nuestros monumentos, darán prueba fehaciente de que algo vale y para algo sirve la clase de Arquitectos.

Adelante, pues, no cejemos en nuestra tarea empezada, déjense á un lado modestias mal entendidas y, procurando que no resulten omisiones en el riguroso turno, ténganse para el buen nombre de la clase á que tenemos la honra de pertenecer cuantas descripciones sean posibles de nuestros monumentos. En cuanto se halle á nuestro alcance, no solo han de bastar, si que también ha de procurarse apoyar con todas nuestras fuerzas é inteligencia la conservación y restauración de los mismos.

Si esto se logra, si con los esfuerzos morales y materiales de esta asociación pudiera verse alcanzado el objetivo que acabo de anunciar, no hay duda alguna que cuantos interviniesen ó llevasen á cabo trabajos de tal importancia, merecerían ver con el tiempo esculpidos sus nombres con letras de oro en el libro histórico de la generación presente.

He dicho.

Seo de Manresa

MONOGRAFÍA

GETTY CENTER LIBRARY